

NUEVAS DE ALFONSO REYES

Simultáneamente me han llegado dos cartas de Alfonso Reyes, el gran escritor, y un libro suyo publicado por la Editorial Stylo, en México, y en el año actual. El libro, que trata de casi todas las cosas del cielo y de la tierra, se titula *A Lápiz 1923-1946*, lo forma una serie de notas y comentarios aparecidos en esos veintitrés años. (1923-1946).

La primera carta de Alfonso Reyes se refiere a una noticia muy importante para la cultura americana: la *Revista de Filología Hispánica* que publicaba el Instituto de Filología adscrito a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, aparecerá en fecha próxima bajo el cuidado del Colegio de México. Raimundo Lida, el excelente investigador y crítico, antiguo secretario de Redacción de la Revista, ya se encuentra en México desde hace algunos meses. Amado Alonso, actual profesor visitante de la Universidad de Harvard, ex-director del Instituto de Filología de Buenos Aires, sigue siendo uno de los grandes animadores de la ejemplar publicación. La antigua *Revista de Filología Española*, que dió la pauta a la de Buenos Aires continúa publicándose en Madrid bajo la dirección de Menéndez Pidal, el gran medievalista, que, desaparecido Meyer-Lübke, es como el decano universal de la filología románica.

La otra carta de Reyes tiene un conmovido acento personal. El maestro ha estado enfermo durante largos meses. Cuando hace cerca de dos años la Universidad de La Habana le concedió el título de *Doctor Honoris Causa*, en su Facultad de Filosofía y Letras, el mexicano universal aplazó un día y otro día su viaje a La Habana "por motivos de salud". Desgraciadamente no era un pretexto. Así esta carta reciente comienza con este párrafo, en el que se dibuja un espíritu digno de la mejor tradición senequista:

"Supongo que ya sabes que he estado moribundo, etc., etc.: cinco meses de cama, o al menos de reclusión, Trombosis Coronaria, espada de Damocles, recuperación relativa, salud mentirosa, vida pendiente de un hilo, y así sigo aunque ya bastante valiente para preguntarte por tu vida". Y como el creador infatigable renueva a diario sus vastas empresas, viene a continuación una serie de noticias sobre actuales proyectos y realidades.

"Comencé en 1937 una colección llamada *Archivo de Alfonso Reyes*, que interrumpí al año siguiente, y sólo me resuelvo a continuar diez años después, en plan de obra *testamentaria y póstuma*". (Lo subrayado es nuestro). Se dice que cuando se cuenta algún sueño con visos proféticos, se desvanece la posibilidad de su acaecimiento. Creo lo mismo de estas graves palabras del amigo fraternal: las publico para quitarles toda remota posibilidad del más leve sentido profético, premonitorio. El insigne rey montuno está en un momento culminante de su obra: su ensayismo creador, su crítica, su misma poesía ha llegado a las más puras esencias, a los valores más universales y permanentes. Pensamos, así, que la enfermedad de Alfonso Reyes sea un siempre apremio del reposo, de las necesarias vacaciones.

En el Archivo de Alfonso Reyes está a punto de aparecer un libro que responde a un título lleno de grandes promesas: *Burlas Literarias* ("Que será lo que a tí más te agrade", me dice el maestro y amigo). Permite esta colección a su autor "publicar cuantos papeles y documentos guarda en sus *archivos manuelinos*", así llamados "no por referencia al conocido estilo portugués que tú tanto admiras, sino porque es Manuela quien ha puesto en cintura todo ese papele-río, trozo viviente, de historia contemporánea, así, como mi casa fué bautizada por nuestro llorado Díez-Canedo con el nombre de Capilla Alfonsina". Manuela es la esposa del escritor, su colaboradora silenciosa y eficaz en más de una empresa erudita.

¿No sentimos la gracia del estilo de Reyes, su ingenio finísimo, su diáfano acento de poesía en estas apresuradas indicaciones?

Pero aún dice algo más la carta, y es ahora una voz profunda y pura de amistad, una amistad que vence el tiempo, la distancia y la muerte, la que viene a hablarnos:

“Entre los papeles que quiero juntar andan unas cartitas agradables y perfectamente caligrafiadas de *Pepillo de Armas*, nuestro amigo José de Armas. Me encantaría consagrarles un número de mi *Archivo*, donde yo podría reproducir mi notita”. En *Memoria a Don José de Armas (Simpatías y diferencias)*, segunda ed. pág. 156 y 30).

Apareció la nota a que alude Alfonso Reyes en *La Pluma*, en 1920, revista que dirigían Don Manuel Azaña y Rivas Cherif, a poco de saberse en Madrid la muerte del maestro cubano, vecino mucho tiempo de Madrid, en el barrio de la Guindalera en Cartagena número 9: un hotelito confortable, con vistas a la sierra, que tenía una magnífica calefacción en aquel invierno crudísimo de 1918, en el que muy contadas casas de Madrid podían permitirse el lujo de estar bien calentadas. (La casa que en aquel año vivíamos en Madrid Alfonso Reyes y yo convenimos en llamarla la *casa del hielo*).

José de Armas no fué discípulo de El Salvador, pero tenía esa letra pequeña, de rasgos precisos, con algo de dominio de la miniatura que ha caracterizado siempre, desde el punto de vista caligráfico, a los discípulos de Luz y Caballero: un Manuel Sanguily o un Enrique Piñeyro. Por eso habla con razón Reyes de las *cartitas agradables y perfectamente caligrafiadas* de Don José de Armas.

Buena parte de los artículos deliciosos que ha reunido Alfonso Reyes en su último libro —*A Lápiz*— procede de Monterrey; el periódico personalísimo que dirigió y publicó él solo durante varios años en Río de Janeiro, cuando representaba a su patria como Embajador en el Brasil.

Un artículo se refiere a *Cocteau, enredador*; otro alude a Maurras— que ha llevado al editorial del periódico “un francés tan puro

como el de Jean Racine”; un comentario trata de los viajes poco veraces de Paul Morand, aquél se refiere a una interpretación nueva de *María* la novela de Jorge Isaacs —hay una alusión reveladora al entronque de *María*, en la tradición *soledosa* de Portugal— el otro se refiere a *Pascal y la razón*. Son páginas diminutas, verdaderas miniaturas literarias, llenas de gracia sutil, de donaire, de delicada poesía.

Un rasgo, un rasgo distintivo, sirve al escritor para darnos un sorprendente retrato literario. Véase este comienzo de la página dedicada a Maurras:

“El escritor Charles Maurras, nacionalista y monárquico, utópico, que —según dice su gente— lleva al editorial del periódico un francés tan puro como el de Jean Racine, es sordo, completamente sordo. Su mal genio es proverbial. León Daudet, su compañero de armas —polemista nato, que entra en todas las batallas con un buen humor de rapaz travieso— dice muchas insolencias al día. Los maliciosos aseguran que Maurras se entiende con él, lo soporta, por que no lo oye”.

Traduce después Reyes un fragmento del poema, en “alejandrinos académicos”: que Maurras llama discurso y que titula *El Misterio de Ulises*. En la vastísima producción del gran escritor legitimista, que pasa su ya castigada ancianidad en no sé que prisión de Francia, ese poema en alejandrinos es una página que tiene misteriosas resonancias. No cabe duda que la prosa de Alfonso Reyes recoge nítidamente ese noble acento poético: “¿De dónde esos acentos cuyo misterio redobla la belleza, conmoviéndome con turbadores encantos, y deslustrándome con falsos colores, el espíritu y la forma del amor ideal? Tal es ¡oh musa interior, tu maleficio!, oh musa siempre tan pronta a apurar las tristezas de las horas, que hasta tu mismo deleite en su mejor instante, tiembla, vacila y al cabo se confiesa embeleso! Con todo, ya me seas amiga o enemiga, resuena sirena mía, haciendo vibrar la adormida cuerda, ya que sólo por obra tuya —¡ay de mí!— ha podido responder mi alma al signo que no supo escuchar mi cuerpo”.

Este libro de Reyes testimonio de un humanista de raza, de un humanista que vive profundamente los nuevos tiempos, tiene mucho de *divertimiento* literario. Y no hay una sola página, aun cuando haga la exégesis del *estornudo* en literatura (porque ha omitido el mexicano universal el nombre de Feijóo, el maestro benedictino del *Teatro Crítico*, que dedicó uno de sus ensayos a explicar el hecho de que se diga ¡Jesús! cuando alguien estornuda), en que no sea Alfonso Reyes un maestro de la prosa, un clásico de nuestro tiempo.

José María CHACÓN Y CALVO

Diciembre 26 de 1948.

*Diario de La Marina.* La Habana.

DE UN AUTOR CENSURADO EN EL "QUIJOTE"

Por Alfonso Reyes

(Antonio de Torquemada).

México, Editorial Cultura, 1948, 79 p.

Con limpieza y donaire, Alfonso Reyes dibuja el perfil de un pintoresco escritor español del siglo XVI, Antonio de Torquemada, y extiende ante los ojos del lector el vivo panorama de su obra. La selección de rasgos distintivos y de matices típicos, curiosos, es sumamente hábil. Ofrece reunidos, en unas pocas páginas, los más interesantes aspectos de *Coloquios satíricos*, por los cuales su autor "pertenece a los primeros explotadores de Boccaccio en lengua española, y precede en unos cuantos años al *Patrañuelo* de Timoneda" (pág. 10); y también, diestramente agrupados, los más sabrosos disparates del *Jardín de Flores*. Vista en conjunto la obra de Torquemada, parece que este autor, "discreto, mesurado y apacible en su juventud, según puede verse por los *Coloquios*, se fué torciendo y amanerando con los años; si no en el decir, al menos en el pensar. A través de los "disparates" y "arrogancias" del *Olivante*, llegó a la extravagancia, rayana en la locura, del *Jardín de Flores*" (*ibid.*)

El nuevo libro de Reyes tiene, pues, la virtud de revivir a un viejo y olvidado autor. Y en la obra de este Torquemada puesto al día nos encontramos con muchas referencias a América, precisamente en el *Jardín de Flores*. De ellas queremos ocuparnos en este comentario, un tanto marginal. En el *Jardín*, libro póstumo, se reúne una larga colección de hechos insólitos y fenómenos extravagantes de la naturaleza, que bien pueden mirarse como muestras de la mentalidad fabulosa, pre-científica, del hombre del XVI. Estas curiosidades, claro está, resultan sumamente graciosas para el lector de nuestros días, por más que Torquemada las documente con gravísimos autores: Aristóteles, Platón, Galeno, Avicena, etc. No de otra manera, con los mismos absurdos y las mismas citas de autoridades,

escribía cualquier célebre médico de entonces, llamarase el doctor Nicolás Monardes o el doctor Juan de Cárdenas. Si Torquemada nos habla de pájaros que nacen de los árboles, por ejemplo, a sucesos muy semejantes se referirá don Juan de Cárdenas, y no en libros de recreación, sino del más pretendido rigor. "Afirman los japoneses —escribe— que en la misma isla del Japón hay cierta especie de perros criados en la tierra, los cuales en sintiéndose viejos se meten en el mar, siguiendo naturaleza de pescados". (1) Lo que ocurre con Torquemada no es cosa inesperadamente extraordinaria, sino un llegar al paroxismo del disparate, pero de disparates que eran, como es sabido, de aceptación general. Es que hasta hombres del sentido crítico de Cervantes, sentían en aquellos tiempos la fascinación irresistible de lo maravilloso: "esta era una de las características del espíritu del Renacimiento —dice Huizinga—. Aquellos espíritus nunca estaban satisfechos con su acopio de maravillosos acontecimientos, detalles curiosos, rarezas y anomalías". (2)

Es interesante observar cómo el *Jardín de Flores* concede a América una atención preferente, casi tan grande como a Groenlandia o a los países del remoto Oriente. América, como tierra de fábula, podía competir con los más ignorados reinos, pese a que España entera era testigo de cuanto pudiera ocurrir en Indias. Claro está que "la exploración de América contribuyó a demostrar la inexistencia de aquellos seres fantásticos", (3) sólo que a la larga y a

(1) JUAN DE CARDENAS: *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, México, 1591; pág. 5 v. y sig., en la edición facsimilar de *Colección de incunables americanos*, vol. IX, Madrid, 1945. Este *Jardín de flores curiosas* —llamado "mentiroso" por Cervantes en el escrutinio del cura y el barbero— fue leídísimo en la época, y aun sirvió de fuente al mismo Cervantes, como lo advirtió Américo Castro. En primer lugar, para ciertas fantasías del Persiles; pero también en algunas consideraciones filosóficas (rechazo del *fatum* de los astros, explicación de la sabiduría del demonio por su larga experiencia).

(2) J. HUIZINGA: *Erasmus*. Traducción española de J. Ferrán Mayoral y S. Oliver Canales; Barcelona, 1946, pág. 63.

(3) Cf. SILVIO ZAVALA: *Filosofía de la Conquista*, México, 1947, pág. 19.

cambio de adquirir nuestro continente una fama desmesurada de mundo de rarezas. Ya vimos que el doctor Cárdenas daba crédito a inaceptables absurdos; es natural que en América misma, donde vivió algunos años, aceptase también cuantos prodigios le hablaron de estas tierras. La febril imaginación del indígena hubo de contribuir no poco a esta leyenda de prodigios americanos. Y si los cronistas creían en fábulas —recuérdese, por ejemplo, aquel demonio del volcán de Masaya a que se refiere Oviedo: en forma de mujer y con unos largos pechos que le llegaban hasta el ombligo— ¡cuánto más no creería el bueno de Torquemada! A veces, como cuando habla de las serpientes inofensivas del Perú (pág. 44), de la inmensidad del Amazonas y el Plata (pág. 27), o del lago negro, hirviente, estruendoso de la Española (*ibid.*), no se sale del terreno de lo verosímil. En ocasiones sólo se refiere a un tema entre coloquial y científico de los que trajo consigo el descubrimiento de América: la cuestión de los Antípodas (pág. 34), las extrañas calmas de la zona tórrida que Colón experimentó (pág. 27). Si se nos dice que en América hay un pez pequeño, manso y domesticable, que sirve para cazar otros peces a guisa de halcón (pág. 42), pasamos ya los linderos de lo sospechoso. Pero también el prodigio absoluto, inverosímil, tendrá marco apropiado en América: "en la misma isla de Santo Domingo —resume Alfonso Reyes— los primeros conquistadores echaron a un lago un pez vivo que habían traído del mar. El pez creció tanto que alcanzó el tamaño de un caballo, y era manso y acudía a la orilla cuando lo llamaban por un nombre que le pusieron; comía en la mano de los vecinos, sobre todo de los naturales, pues le tenía inquina a los españoles desde que uno le arrojó una lanzada. A veces, paseaba a los muchachos sobre el lomo por todo el lago. Cierta día hubo una creciente, rebotó el lago, y el pez se deslizó tranquilamente hasta el mar y nunca más se le volvió a ver" (pág. 43).

Con esta mente insaciable de maravillas llegaba el conquistador a América. Bien sabido es esto, pero bueno será recordarlo con vivos

ejemplos como el que nos da Torquemada (aún se habla de la ingenuidad de cronistas cuya ingenuidad es, llamémosla así, ingenuidad de época). Por lo demás, ya el mismo Reyes se había referido brillantemente en un libro de juventud, *Visión de Anáhuac*, al gozo de los conquistadores ante los prodigios de riqueza y hermosura —esta vez reales— de nuestra tierra americana.

Ojalá que la maestría y el ingenio de Alfonso Reyes para aprovechar la sugestión pintoresca de estas febriles creencias, construyendo con ellas un bello cuadro a la vez histórico y literario, sirva de estímulo para la composición de una futura "América en la fantasía europea", o cosa así.

José DURAND.

El Colegio de México,

Centro de Estudios Literarios.

*Revista de Historia de América* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia).  
Número 26. México, Diciembre de 1948.  
Págs. 500 a 502.

Alfonso Reyes: *GRATA COMPAÑIA* ("Tezontle"); *ENTRE LIBROS* ("El Colegio de México"); *LETRAS DE LA NUEVA ESPAÑA* ("Fondo de Cultura Económica"). México 1948.

Tres libros de composición distinta —uno congrega ensayos, prólogos, artículos, recuerdos; el otro ordena apuntes sobre libros discutidos, meditados; y el tercero hace registro moderno de la expresión literaria de los siglos coloniales mexicanos— promueven esta consideración en torno de la segura aventura de este buen señor de las letras americanas con sensación aguda —y con ciencia plena— de universalidad.

Cuando Alfonso Reyes vela armas, canta misa Rubén Darío. El modernismo suscribe las actas literarias de la generación de Reyes. Y lo hace con rúbrica desorbitada, excesiva, que era su manera de rubricar. Las vocaciones mozas de nuestra América colonial se conmueven entonces con la sonoridad incitadora, con la exuberancia verbal y el gasto palabrero en que ofició Rubén. El clima modernista era en todo absorbente. Pero, acampando en sus fechas, fraternizado con él en las revistas, en el obligado periodismo, Reyes hace su propio tiempo, no se rinde a la gravosa influencia. Acaso, se pueda decir que la pasa por alto, pero es más exacto advertirse que la enfrenta y la vence. En el momento del exceso rubendariano, leyendo a Stevenson comenta esta advertencia: el estilo es economía; leyendo a los griegos no se decide a convocar para asamblea colonial sus voces y sus mitos, sino que se avisa que lo perdurable, lo valedero es la proporción. Sin anunciar batalla al modernismo —cartel dominador—, se la gana con esta divisa: economía y proporción. Economía y proporción hacen que las prosas reunidas en *Grata Compañía* y *Entre Libros* —prosas de ayer las más— se nos aparezcan perfectamente actuales. Economía y proporción ganan al tiempo; guiones de lo clásico.

La economía no supone un complejo laboreo en el ajuste de